

Pueden alzarse las gentiles palabras
Entrevista a Paz Battaner Arias

Rosalía Cotelo García
Instituto Historia de la Lengua de Cilengua

Salmantina de nacimiento, Paz Battaner Arias adquirió en la Universidad de Salamanca una excelente formación en el saber filológico, y a lo largo de su trayectoria profesional, que ha desarrollado en Barcelona, ha volcado ese conocimiento en muy diversas facetas: ha dedicado su vida a la docencia, a la investigación, a la elaboración de diccionarios, y a la creación y mejora de plataformas y organismos para aquellos que desean aprender, discutir, estudiar las lenguas. Ha sido catedrática de Lengua Española del Departamento de Traducción y Ciencias del lenguaje, decana de la facultad de Traducción, y Síndica de Greuges de la Universitat Pompeu Fabra. En el ámbito de la investigación, ha sido la responsable del grupo Infolex del Instituto Universitario de Lingüística Aplicada (IULA), y su extensa producción científica, tanto en proyectos colectivos como en publicaciones individuales, abarca áreas como el léxico político y social en la agitada España decimonónica; las relaciones entre lengua y literatura, especialmente desde un enfoque didáctico, y, en ese mismo marco, el valor del diccionario en el aula; problemas de definición y lematización en la práctica lexicográfica, y un largo etcétera. Sería inútil intentar condensar aquí todo lo que ha aportado al estudio de la lingüística, la gramática, el aprendizaje de lenguas o la lexicografía, una persona como Paz Battaner, que, con una mirada siempre clara y brillante, ha sabido ver en la lengua y, a través de ella, el reflejo de la historia humana. Esta entrevista es un excelente ejemplo de su perspicacia, de su generosidad, y de su compromiso con el estudio de la lengua, en todas sus posibilidades y manifestaciones, en el pasado, el presente, y el futuro.

ROSALÍA COTEJO GARCÍA: *“La lengua es compañera del quehacer humano” son palabras que ha dicho usted en alguna ocasión, refiriéndose a cómo la historia del léxico es reflejo del curso mismo de la historia de los hablantes. Me va a permitir que reinterprete esas palabras para decirle que, en su caso, me parece que sin duda la lengua ha sido compañera de los múltiples quehaceres de su vida profesional. Se ha aproximado al estudio de la lengua desde la enseñanza, desde la filología, desde la lexicografía... ¿Diría que es precisamente esta formación multidisciplinar la que le ha permitido estudiar la lengua de modo más profundo y completo?*

PAZ BATTANER ARIAS: Mi vida profesional, sí, es ya muy larga y siempre ha estado dedicada a la docencia. Cuando he reflexionado en esta elección, creo que fueron los buenos profesores que tuve los que me hicieron elegir su tipo de vida; la maestra que me recomendó un primer diccionario; las profesoras que en los años de bachillerato me exigieron leer mis primeros clásicos y relacionarlos con la historia del arte, además de enfrentarme a la redacción de textos; los profesores universitarios que tuve la suerte de tener. Mi formación en la vieja universidad de Salamanca, en un momento privilegiado en la Facultad de Letras en que solo se impartía Filología, me ayudó a necesitar durante toda mi vida atención conjuntamente por la lengua, por la literatura y por la historia. La común unión de estas tres manifestaciones me sigue pareciendo la más explicativa de cualquier fenómeno humanístico, aunque yo haya tenido que atender preferentemente a la descripción lingüística de la lengua española como eje de los programas docentes en que he estado implicada.

Yo no suscribo que me haya permitido estudiar algo “de modo profundo y completo”; me ha retenido, sí, en su estudio, pero creo que de forma superficial con algunas pequeñas inmersiones. La lengua es un océano para el que tenemos ciertas sondas que calan hasta profundidades abisales, pero que no nos explican aún ni su génesis ni su total funcionamiento ni esa energía que se manifiesta aun en periodos en que las lenguas decaen de su cultivo. He ido moviéndome por diferentes niveles de docencia, he tenido diferentes quehaceres y he tenido que prestar atención a estudiantes muy variados; esto es lo que explica mi dispersión, mi atención a los distintos intereses de los diferentes estudiantes; lo que usted dice, muy benevolentemente, ser multidisciplinar.

R.C.G.: *En relación con lo anterior; ahora que tanto se oye hablar del declive de las humanidades, ¿cree que el futuro de la formación para los estudiosos de la lengua ha de ser la especialización, o, por el contrario, la interdisciplinariedad?*

P.B.A: Si he de determinar alguno de los retos que tiene hoy el estudio de las lenguas, creo que coincido con lo que se está pidiendo en los foros internacionales como especialistas, *expertos* se dice hoy; y sería la especialidad de mejorar el procesamiento de las lenguas por medios informáticos. Es sobre esta especialidad sobre la que se ofrece hoy en las universidades y las empresas más estancias postdoctorales o puestos de trabajo a los jóvenes. Pero creo que no hay que confundir estas necesidades técnicas con los estudios de humanidades, ni tan poco con la formación básica de los especialistas. Los especialistas en algo como la lingüística computacional tienen que tener una formación abierta a varios conocimientos, de los cuales las Humanidades han de formar parte.

Las Humanidades piden responder a la máxima clásica: *Homo sum, humani nihil a me alienoum puto*, es decir, todo lo bien elaborado y decantado por los hombres a lo largo de los tiempos ha de poder ser objeto de estudio: pensamiento y Filosofía, historias particulares e Historia, vida diaria y Etnografía, población y Sociología; las manifestaciones artísticas, fundamentalmente, en las que la especie humana se ve recreada y la Estética.

Los anglosajones siguen introduciendo en la formación universitaria de segundo y tercer nivel conocimientos humanísticos. En su faceta de hombre de empresa, el poeta Gil de Biedma, en *Retrato del artista en 1956*, admira extrañado a unos ejecutivos ingleses que aluden, de pasada y sin pedantería, a los procedimientos comerciales que los embajadores venecianos mantenían en los siglos XVI y XVII.

Los británicos, que siempre han apreciado el sentido práctico, defienden que para todo es necesaria una formación básica de metas amplias y variadas; que este tipo de formación, además es el único realmente eficaz y el que garantiza ser polivalente más tarde. Y que una formación especializada en los inicios solo puede producir amaestramiento. Pongamos algo tan habitual como aprender una lengua extranjera. No se puede empezar dedicando solo atención a un aspecto especializado de esa lengua: relaciones comerciales, artículos científicos de alguna rama, prospectos turísticos, anuncios meteorológicos. El principiante ha de empezar, como todos, por lo básico: reconocimiento y realización de los fonemas de esa lengua, vocabulario nuclear, conocimiento de su morfología y de su sintaxis fundamental. Después podrá atender a un aspecto de lo especializado para así tener en él capacitación productiva y no solo reproductiva.

Tres ideas claras, creo que tengo sobre esto. La formación inicial ha de estar abierta a muchas posibilidades y eso solo lo aporta la familiaridad.

dad inicial con diferentes disciplinas. La formación en Humanidades ha de ser también abierta, de enfoque amplio y variado; contrastado, pedía Montaigne. La especialización hace avanzar la ciencia y perfecciona la técnica, va parcelando y minimizando el terreno de estudio hasta que, de tiempo en tiempo, exige una exposición panorámica del estado de la cuestión, -- como los historiadores de la ciencia reconocen--; pero las Humanidades no son ni ciencia ni técnica y los que cultivan algún aspecto de ellas, y los que las siguen, reflexionan o estudian, necesitan relacionar aspectos que las disciplinas pueden parcelar artificialmente, pero que están totalmente relacionados. ¿Se puede ser especialista en un autor sin atender al saber que sus lecturas le proporcionaron, a las ideas divulgadas en su época, a la música que oyó y apreció, a su vida y relaciones personales, sus sentimientos, su tipo de religiosidad? Para atender a esos aspectos y más, se necesita frecuentar varias disciplinas.

Y viniendo a los estudios de lengua, creo que es muy peligroso especializarse en algún aspecto de la lengua y de la lingüística sin un trato frecuente sobre otro tipo de textos, especialmente literarios, y sin recorrer algún panorama histórico de las comunidades de las lenguas estudiadas. Y cuando digo literario e histórico incluyo diferentes aspectos bajo los que se puede estudiar el fenómeno artístico y el recorrido histórico. No me olvido tampoco de la psicología cognitiva, que confluye con el aspecto mental de la lengua.

R.C.G.: *A lo largo de su trayectoria profesional, ha dedicado siempre tiempo y esfuerzo a garantizar la existencia de comunidades de investigadores, y así, ha sido directora e impulsora de numerosas asociaciones, congresos, y talleres. ¿Cómo valora la actividad y el nivel de discusión científica hoy en España en el área de la lengua y la lexicografía?*

P.B.A: Pertenezco a una generación que empezó a ser activa en los últimos quince años de la dictadura (uf!!!) y eso explica que yo tenga una trayectoria profesional variada de cambios. Esa generación tuvo que iniciar muchas actividades y que mostrar nuevas maneras de hacer; pero, si había logrado una formación universitaria, tuvo mejores oportunidades que las generaciones que salen a la actividad en el siglo XXI. Conocimos la creación de institutos de enseñanza Media y de universidades totalmente nuevas, la promulgación de varias leyes sobre educación y de Reforma de la Universidad, la primera atención a la investigación y a la dotación de proyectos competitivos. El hecho de vivir en Barcelona, me

ha facilitado el seguir esta apertura, que ha sido lenta y ha durado mucho ¿cuarenta años?

En el ambiente de esta ciudad se trabajaba previamente para estos cambios, se ensayaban sin estar legislados y, cuando lo fueron, se aprovecharon mejor. Se sigue haciendo. Mi primer proyecto subvencionado como investigadora principal lo obtuve desde la Escuela de Formación del Profesorado en 1989; nos costó, lo intentamos dos veces para conseguirlo, pero eso abrió la puerta a las otras actividades que usted recuerda, en las que siempre he trabajado con compañeros más luchadores que yo. Ese trabajo en grupo sí que ha sido una de las innovaciones más fructíferas para crear ambiente de estudio e investigación con carácter y con perfil, como se dice ahora. El fomento de esta actividad y la crítica o evaluación posterior de ella es algo que no se debe parar; generosidad para empezar, exigencia para valorar los resultados.

Es esta última actividad en la que todavía echo en falta impulso. Nos falta saber criticar positiva o negativamente con buenas razones y en público; se siguen líneas sin discusión, lo que luego hace que se cambien con facilidad la dirección y los temas y se olvide lo que se venía haciendo. Se ha crecido en número, habría que crecer en originalidad argumentada.

R.C.G: *Ha sido también directora de diccionarios, como el destinado a estudiantes de Primaria de la editorial Anaya-Vox, el diccionario Lema de la lengua española, de Vox; y, más recientemente, el Diccionario de Aprendizaje de Español como Lengua Extranjera (DAELE). ¿Qué puede contarnos de esas experiencias? ¿Hasta qué punto es diferente hacer diccionarios en el marco de trabajo de una editorial, respecto al modo en el que se desarrollan en un contexto universitario o académico?*

P.B.A: Primero, una de las actividades más satisfactorias de mi vida profesional ha sido poder trabajar en estas obras. Me encontré en un campo sin límites, como es el léxico de una lengua, en el que había que acotar por obligación, hacer expediciones para conocerlo y poder describirlo mejor y proponer algún hallazgo factible de ser ayuda para el usuario. El trabajo que he hecho en ellos no me ha parecido trabajo y el tiempo a ellos dedicado me ha aportado un conocimiento curioso, tanto como el mejor pasatiempo.

Tuve la suerte de trabajar en Spes-Vox con dos editores, uno entusiasta y otro sabio, que lograron financiación suficiente para un pequeño equipo, al que dimos formación y seguimos de cerca en todo el proceso.

La edición del diccionario *Primaria* fue el primer intento de trabajar a partir de la ontología más conocida en aquel momento, Wordnet; de realizar una limitación razonable de la nomenclatura; de plantearnos la estructura del léxico mental de estudiantes de Educación Primaria y de su evolución conceptual; de hacer definiciones entendedoras. Javier Lahuerta ha explicado su génesis y su elaboración.

El planteamiento de *Lema* fue más largo en el tiempo, aunque limitado a cuatro años; se benefició del corpus VOX que la editorial ya tenía y, aunque era un corpus de muy pocas formas para las cantidades que hoy se manejan, permitió lo que nos habíamos propuesto como característica principal y factible de ese diccionario, actualizar la descripción semántica de las unidades léxicas, dando cabida al uso del momento y organizando el artículo lexicográfico de manera que se pudiera seguir mejor la variación coherente de sentido que muestran las diferentes acepciones.

Trabajamos en una editorial que había publicado dos diccionarios novedosos, el primer *Vox* de 1945 y la edición, ya hecha con tratamiento informático, de 1987. *Lema* salió en 2001 aportando algunas novedades, gráficas y lexicográficas. Su informatización y edición en CD Rom coincide con la edición siguiente, que incluyó más atención al vocabulario del español americano, con el título de *Diccionario de Uso del Español de América y España* (2002), y que es la base de los que la editorial Larousse sigue publicando. Tengo guardadas muchas notas que tomé de su lectura lineal final y guardo todas las correcciones que introduje. Las rescaté cuando supe que la editorial las destruiría después de incorporarlas. De ellas he extraído y aún extraigo cuestiones no solucionadas en la representación del léxico y lecciones de humildad por los fallos que encuentro y que esta actividad no puede evitar (esto consuela algo).

Si el trabajo con una editorial fue muy positivo porque permite no solo iniciar sino acabar el diccionario, aunque no se pueda perfeccionar por las limitaciones comerciales y temporales que se tienen, el planteamiento de un proyecto de investigación para realizar una representación de los verbos más frecuentes en español nos enfrentó a posibilidades mucho más abiertas e idealmente perfectas; pero que luego encuentran dificultades para acabarlo y evadir las imperfecciones. El proyecto subvencionado en 2006 puso en marcha al equipo de investigación que teníamos en la UPF.

Lo pensamos como dirigido a estudiantes de español como lengua extranjera. Lo planeamos después de acabar otros proyectos. El primero de ellos se proyectó para estudiar la mucha información lingüística sobre el léxico que encierran los diccionarios monolingües de forma dispersa y

que hoy es fácil de extraer por estar informatizados; en los proyectos siguientes estudiamos los sentidos figurados que se señalan en ellos; seguimos con los problemas de la polisemia que los artículos lexicográficos muestran; y todo ello nos permitió conocer bastante a fondo lo albergado en estos almacenes léxicos para poder plantear el *DAELE*. Por ejemplo, que la semántica propia de los verbos es muy diferente de la de los sustantivos, la cual, por otra parte, es la que ha regido principalmente en la lexicografía tradicional.

El acercamiento a la lexicografía de aprendizaje de la lengua inglesa, que ha dado origen a la asociación Euralex y a toda la escuela de John Sinclair, nos señalaba que el aprendiz de una lengua necesita acercarse a las palabras con sus posibilidades combinatorias, –la imprimación que llama Hoey–, y que ese aspecto, en el año 2005, se podía suministrar con el tratamiento de datos de los corpus informatizados lingüísticos. Nos planteamos, pues, una base de datos consultable en la red e invertimos en la ficha tiempo para poder atender en su consulta informática a las siguientes líneas directrices: a una simplificación del significado del verbo anunciada en un pequeño menú de etiquetas; a su versatilidad combinatoria y sintáctica con un tipo de definición que ofrece a la vez construcción gramatical y selección semántica de sus argumentos; y aportando bastantes y diferentes ejemplos, que pueden ser consultados en versiones reducidas o extendidas. Nuestro *DAELE* se ha servido de programas ya constituidos y se alberga en el Institut Universitari de Lingüística Aplicada de la Universitat Pompeu Fabra. Tiene continuadores jóvenes que están enriqueciendo su continuación y ampliación, pero el trabajo se alarga en el tiempo.

R.C.G.: *Usted es experta en el vocabulario político del siglo XIX en España, en un periodo muy complejo en la historia española, y en consecuencia, de enorme riqueza léxica. No me resisto a preguntarle, en este año de elecciones, en qué medida cree que la lengua de la política ha cambiado desde entonces, no solamente en el nivel de las palabras, sino en la forma de organizar retóricamente el discurso.*

P.B.A.: Yo me acerqué al vocabulario del sexenio revolucionario 1868-1873 por razones varias. No me atraían las dos líneas de investigación mejor establecidas en la Filología española en 1960, la dialectal y la edición de un texto antiguo; encontré en Francia, en 1965, después de sacar la cátedra de instituto, el trabajo de Jean Dubois, hecho con documentación y método estructuralista, que me señaló la metodología. Estaba, como muchos jóvenes de entonces, sensibilizada por la falta de liber-

tad en España y tuve la oportunidad de preguntar a Manuel Tuñón de Lara, entonces en París, qué periodo progresista del siglo XIX español sería más interesante, y me señaló la Gloriosa, que coincidía además con el periodo del vocabulario estudiado por Dubois. Me decidí inmediatamente y empecé a recoger material de un periodo histórico con total libertad de imprenta y con mucha confrontación ideológica; piense que la Primera Internacional es, y llega a España, por esos años.

El conocer de primera mano y en detalle esa época me ayuda a reconocer mecanismos parecidos en los discursos políticos del tiempo que ha transcurrido, aunque la confrontación verbal de hoy no es tan fuerte como entonces, todo es más gris, más nebuloso. Los discursos de los nuevos alcaldes salidos de las elecciones del 24 de mayo de 2015, no hablan de *pueblo*, *proletarios*, *burgueses*, sino de que *se puede*, de *la gente*, de *participación*, de *la calle*, lo más, de los *ricos*; de la *democracia* y el *estado del bienestar*, todos; lo cual se concreta en *sanidad* y *educación*, en *atención a la discapacidad*, pero sin poner adjetivos a estos términos, quizá el más fuerte sea *radical*, que atraviesa todos los periodos. El léxico político y social hoy no está cargado de conceptos ideológicos y la retórica de los discursos es menos elaborada.

En las Cortes Constituyentes de 1869 todavía se recordaba el modelo retórico de Argüelles, se lucía Castelar, se admiraba la información histórica de los discursos del joven Cánovas, Prim se afirmaba en el discurso de *los tres jamases* (así le fue). Nuestros políticos se lucen poco en la Cámara, algunos se lucen en tertulias televisivas; la argumentación por ideología parece que se ha evaporado, pues los datos económicos y estadísticos son los argumentos que se ofrecen como decisivos, aunque luego nadie contraste públicamente su exactitud y correcta interpretación (*es la economía, idiota*); los discursos en el Congreso son leídos, entonces muy pocos lo eran; los periódicos actuales reproducen el pensamiento de los grupos financieros que los sostienen, como siempre. Pero en 1868 se necesitaba poco dinero para sacar un periódico, tan poco como hoy publicar a diario en un blog o en otro espacio de la red; quizá haya que buscar en blogs y en periódicos digitales esa confrontación directa que echo en falta. Habrá que archivarlos para su estudio, aunque advierto que los mecanismos son los mismos: *chavismo*, *bolivariano* son palabras cargadas de reprobación, pero poco más; *transparencia*, *honradez* son las cargadas positivamente. Las palabras usadas políticamente se desgastan con rapidez, ¿dónde está a día de hoy *la casta*? Me la encontré el otro día leyendo al Miguel Unamuno de principios del siglo XX con el mismo sentido peyorativo con que se ha usado en 2015, aunque don Miguel siem-

pre ve dos caras en los conceptos y rescataba un sentido positivo de *casta*, lindante con el conocimiento satisfactorio de lo propio. Este mismo mecanismo de rescate es el que encontré en el canónigo Manterola diciendo que *reacción* era una palabra animosa en boca de un médico ante la crisis de un enfermo. Hoy, *reacción* y *reaccionario*, que han estado vivas hasta el cambio de siglo, casi no tienen uso en el discurso político, quizá porque no tienen ya sentido contrastivo, la *reacción* es triunfante. Es como si hoy un político dijera que la *corrupción* es buena porque pudre y hace desaparecer los cuerpos corrompidos. No me tome en serio.

Hay, por otra parte, una pérdida de matiz en muchas palabras abstractas sobre el comportamiento humano. Me gustó mucho la explicación que un personaje de una reciente novela de Jesús Ferrero tenía que dar a unos policías urbanos de la ciudad de Nueva York sobre la voz *misericordia*, que no entendían. Es un pasaje muy ilustrativo de lo que digo, de esta pérdida de léxico analizador de la conducta humana, que se observa en el discurso político en general. Claro que siempre hay alguien que se distingue, y algunas son mujeres.

¡Y luego la corrección política...! ¡Llegará a caracterizar esta época del *buenismo* como netamente ñoña!

R.C.G.: *Este número de Cuadernos lo hemos dedicado a la lexicografía histórica. ¿Qué cree que podemos aprender del estudio de los diccionarios del pasado? ¿Qué aprendemos como historiadores de la lengua, que no nos aporten los propios textos literarios y no literarios de cada época; y qué aprendemos como lexicógrafos?*

P.B.A.: Los diccionarios son notarios del vocabulario; no sé si muy fieles, pero lo que sí que se puede afirmar es que si una palabra figura y es definida y ejemplificada en un diccionario, esa palabra tenía un valor en el momento en que se hace el diccionario. El valor es el que hay que investigar, pues puede responder a un valor pasado, un valor real y fehaciente, o un falso valor; depende de los objetivos de los lexicógrafos. La palabra hebrea *cohen*, ‘sacerdote, adivino’, aparece y desaparece de los diccionarios del español; entra a mediados del siglo XIX, quizá por la atención social y económica que toman los judíos en la Europa moderna, y se suprime un siglo después porque efectivamente no tiene uso. ¿Por qué se incluyó la primera vez? Muy posiblemente por un prurito erudito. Otras veces es el poner a punto la lengua ante novedades que vienen de fuera; los lexicógrafos proponen una forma, que luego no triunfa, piense en mucho del vocabulario deportivo o técnico: *camino de hierro*, *balompié*, *correo electrónico* frente a la generalización de *ferrocarril*, *fútbol*, *mail*, que

entran en los diccionarios posteriormente. Los lexicógrafos tradujeron y los hablantes adaptaron. La historia de las palabras se ha de contrastar en textos. Los diccionarios solo dan pistas.

Es difícil sacar en la tradición lexicográfica del español, –tradición con pocas fuentes–, palabras de los diccionarios, dejar fuera cuesta. Ayer mismo encontré que entre los diccionarios de la Academia de 2001 y 2014, han sacado *exágono* y *exagonal*, escritos sin la *h*, hoy preceptiva. La encontré así escrita en una novela de 1966. Hasta el *DRAE* 2001 *exágono* tenía remisión a la forma preferida, *bexágono*. En la edición de 2014 esa remisión ha desaparecido, ya no aparece la forma sin *h*. Ha primado la etimología que siempre es un criterio cómodo.

R.C.G.: *Mirando hacia los diccionarios de siglos anteriores, es inevitable pensar también en aquellos que los manejaron en su momento; en los lectores ideales a los que iban dirigidos esas obras lexicográficas. En su opinión, ¿de qué modo han cambiado los usuarios del diccionario y sus necesidades cuando acuden a consultarlo?*

P.B.A.: Los diccionarios siempre han querido ser recursos útiles. Útiles para leer un texto en una lengua extranjera o una lengua muerta, útiles para leer un texto clásico o de un tema poco familiar, útiles para dar gloria a una comunidad lingüística o nación, útiles para ampliar el vocabulario y utilizarlo correctamente, útiles para saber el valor especializado de algunos términos, útiles para cerciorarse de la ortografía y de la pronunciación. Han sido pensados para pocos usuarios o para muchos usuarios o para todos sin distinción; para escolares, estudiantes, hablantes de otras lenguas, técnicos. Que luego satisfagan estos objetivos, es otra cuestión.

Hoy, cuando hay acceso a ellos desde cualquier dispositivo (esta palabra hoy es muy necesaria, pues los *dispositivos* nos organizan la vida), los diccionarios son útiles para todos esos objetivos, que eran fundamentalmente de descodificación de lo que no se entendía bien, y ahora, además, para la redacción de textos; pues toda la población tiene que escribir en algún momento. Tiempo atrás muy pocos escribían, hoy todo el mundo tiene que redactar algo en su trabajo, en momentos de ocio, como ciudadano mínimamente activo. Además hoy se pueden consultar los diccionarios desde el móvil. Y de las nuevas necesidades y posibilidades deriva el que los diccionarios tengan que ir cambiando, cambiando con el tiempo y cambiando la información que aportan.

R.C.G.: *En el simposio sobre El futuro de los diccionarios en la era digital, de la Real Academia Española, en su ponencia «El diccionario como punto de*

encuentro en la descripción de la lengua española», insistió en que uno de los retos de los diccionarios futuros es la confluencia entre gramática y léxico. ¿Cree que estamos cerca de ese objetivo?

P.B.A.: La gramática se ha acercado al léxico y ha avanzado mucho en la descripción sintáctica de grupos de unidades léxicas afines en algún comportamiento gramatical. He estado recogiendo estos días en la *GDLE* (1999) y en la *NGLE* (2009) los adjetivos y complementos que determinan el comportamiento morfológico y sintáctico preferentemente de la categoría *verbo*, y le puedo asegurar que son cerca de cien y cada una de ellos representa un grupo de verbos clasificado y ejemplificado largamente. Estas determinaciones de grupos de verbos responden a varios criterios: a los significados que obligan a complementos con una preposición, a la consecución de tiempos cuando van relacionados más de dos verbos, a las exigencias de modo en los verbos de sus subordinadas, a matices de significado de los argumentos, a su función atributiva o predicativa, etc. Por el momento, en los diccionarios se caracteriza a los verbos con pocas marcas: *irregular*, *transitivo*, *intransitivo*, *pronominal*, a veces se indica *defectivo*. No veo que gramática y diccionario lleguen a fundirse, (pues la gramática perdería su carácter) pero hoy, a diferencia de otros momentos de la ciencia lingüística, en la gramática se atiende al léxico y en los diccionarios se tiende a describir algo mejor la gramática de cada unidad tratada. Desde el lado de la lexicografía hay todavía mucho por hacer en este sentido; y la extensión del español en el mundo y el procesamiento informático de esta lengua lo están pidiendo.

R.C.G.: *Usted ha afirmado en alguna ocasión que “hoy se puede exigir mucho más a los diccionarios” y ha hablado del futuro de los diccionarios en la era digital. ¿Cómo podemos beneficiarnos de las herramientas digitales para hacer mejores diccionarios?*

P.B.A.: Sí, evidentemente, hoy la lexicografía se ve beneficiada por las tecnologías informáticas. Puede acceder a muchos datos, millones, lo que le puede proporcionar objetividad, certeza y evidencia del uso de las palabras. Son tantos los datos que, a la vez, hay que diseñar programas especiales para su tratamiento, para que hagan el trabajo más fácil. Se ha pasado del diccionario hecho por un solo autor, a los diccionarios de equipo lexicográfico y ahora estamos en equipos pluridisciplinarios en los que los técnicos informáticos tienen que proporcionar tratamientos adecuados a las necesidades de la descripción y representación léxica; pues el

léxico es un conjunto abierto de unidades, que a su vez se multiplica por la polisemia.

A veces he pensado que el tratamiento de lo que hoy se conoce como *big data* podría ser adecuado para el tratamiento del léxico. Así como el supermercado nos facilita descuentos en productos que nunca compramos para aumentar sus posibles ventas o como, en dirección contraria, Amazon nos sugiere otros títulos y bienes de la misma gama que hemos comprado o que simplemente hemos explorado en su portal, se podría determinar la querencia de unas palabras con otras, no de forma estadística, sino relacional, conociendo su estructura en red. Quizá ya se esté haciendo; lo desconozco porque yo solo soy usuaria de la tecnología y cada día intento aprender una nueva tecla de los ordenadores. Pero, eso sí, agradezco mucho el trabajo que los medios informáticos facilitan al estudio del léxico; pareciendo que lo facilitan, nos lo hacen más arduo y más ambicioso. Eso está bien.

25 de junio, 2015

